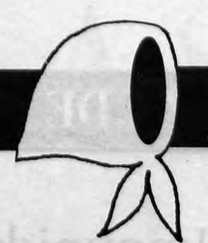
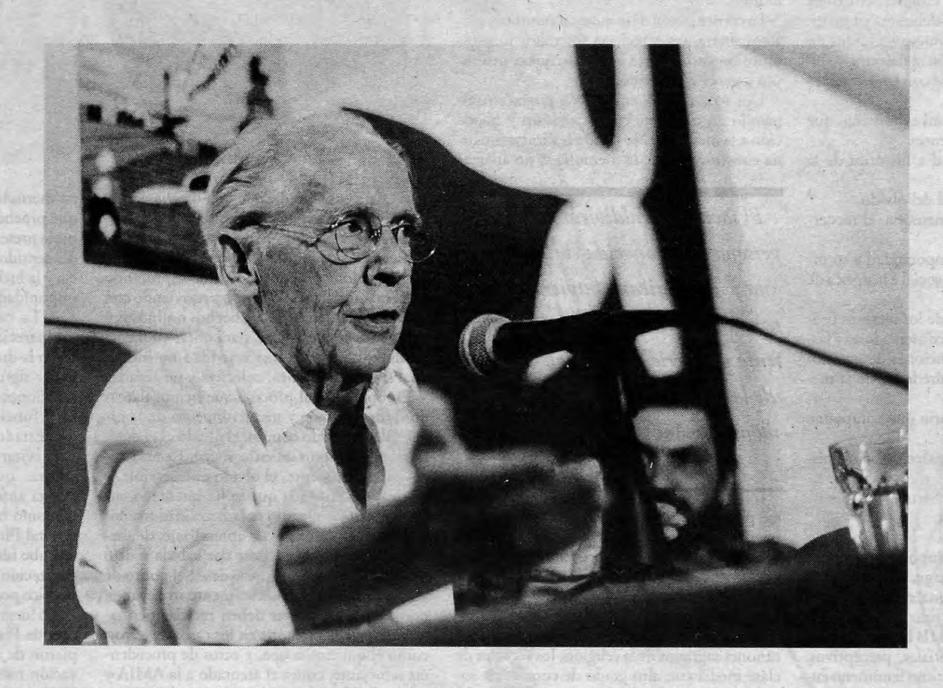


ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

I Seminario de Análisis Crítico de la Realidad Argentina 1984 -1999



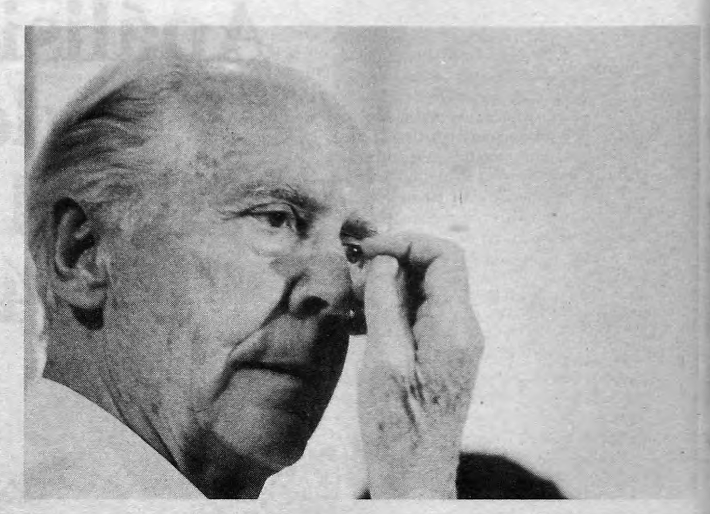
ENRIQUE MARÍ

"Impunidad, memoria y olvido"

Página/12

“Impunidad, me

ENRIQU



1ª PARTE

Mi punto de partida será un trabajo que desarrollé en Barcelona, hace un tiempo, en el pasado, a raíz de un congreso o simposio contra la impunidad. Y posteriormente voy a realizar unas breves consideraciones, unas breves críticas con respecto a la posición del Vaticano en cuanto a que pidió la libertad de Pinochet.

Yo comenzaba mi trabajo en España diciéndoles a los organizadores que agradecía la invitación, dado que para mí era una situación muy particular, porque a partir del año 1939, cuando se pierde la Guerra Civil Española, parte de mi familia tuvo que emigrar, cruzó los Pirineos y llegó a París, y debieron pasar un período bastante malo, primero recluidos en un campo de concentración y después vivieron como exiliados. Yo reviví con emoción esos acontecimientos.

Los puntos centrales de mi exposición, que aquí retomo, son los siguientes:

1. La construcción social e histórica de la memoria.
2. La construcción social del olvido.
3. Diferencias entre la memoria, el recuerdo y el olvido.
4. El problema de la temporalidad y su influencia en la construcción social e histórica de la memoria y el olvido.
5. Modos de agruparse de los sectores progresistas versus los sectores conservadores y fascistas, y sus respectivas funciones de posición-no posición en el debate alrededor de la memoria.
6. Las letras del abecedario que componen la memoria y el olvido.
7. La categoría de "desaparecido" en la historia argentina.
8. *El muro* de Jean Paul Sartre.
9. La mesa del espiritista.

1. Como es sabido, el tiempo es una dimensión de la experiencia humana, cuyo correlato o correspondencia no es una simple realidad física. Esta dimensión ha sido tratada de los más distintos ángulos, desde la biología, la historia, los elementos sensoriales, perceptivos, históricos, etcétera. Este último fenómeno entraña la necesidad de una organización distinta del tiempo, más allá de los procedimientos de medición fundados en los ciclos cósmicos y humanos, por ejemplo cuando hablamos de la noche, el día, la mañana, el ayer, el hoy, el futuro.

¿Cuál es el factor esencial que desbordando estos aspectos interviene en la organización histórica del tiempo? El más relevante, sin duda, es el conjunto de comportamientos, de actitudes, de tomas de posición o de oposición de los distintos sectores de la sociedad que van suministrando el hilo con que se teje la cadena de recuerdos que desembocan o en la memoria o en el olvido. La existencia de un sistema social impone necesariamente, en el marco de lo temporal, esta construcción conflictiva de posición-oposición, de debate ideológico, de luchas contrapuestas. La posición aislada, cuando no aglutina a su alrededor una actitud de comportamientos colectivos, carece de influencia radical en la organización histórica del tiempo, se convierte en un ámbito de subjetividades, no deja huellas en la memoria. Para ello se requieren hechos colectivos, de construcción, que no se evaporen en el tiempo lineal, sucesivo y acumulativo de todos los días, donde existen el presente, el pasado y el futuro, sin conexión, sin interconexión, sin vínculos, sin interrelación, dificultando todo constructo histórico.

El conjunto de comportamiento, de tomas de posición (o de oposición) de los distintos sectores frente a los episodios que se desataron en este siglo en la Argentina –prácticamente gobernada por dictaduras militares o por gobiernos democráticos controlados en buena medida– y no las respuestas individuales es el que define la memoria histórica. Entre esas dictaduras, la del así llamado "proceso de reorganización nacional" desató actos de la mayor miseria humana –torturas, secuestros de niños, desaparición de personas, pérdidas de identidades– de los que Argentina no ha podido reponerse, ni podrá hacerlo en el futuro mientras permanezca viva la impunidad y la adecuación del juzgamiento de esos crímenes por las leyes de obediencia debida, punto final y el indulto.

La construcción de la memoria apunta a esos actos aberrantes, y rechaza abiertamente estos últimos instrumentos jurídicos, que contribuyen a generar el olvido.

Dos sectores han entrado en pugna irrumpiendo en el debate como posición y oposición a la memoria. No puede realizarse ninguna construcción de la memoria si no aparece esa pugna entre los sectores que latamente se pueden considerar progresistas y conservadores o fascistas del otro lado. Entre los primeros lamentablemente no se encuentra la mayoría de la población. En él figuran los maestros, los estudiantes, los universitarios, los sacerdotes que practican con fe e intensidad los cánones sagrados de la religión, los sectores de clase media con alto grado de conciencia social. En el segundo, el espectro conservador del empresariado, el resabio de sectores clericales de derecha, algunos grupos de marginados, indefinidas agrupaciones sindicales más agrupadas en la defensa de sus intereses y en la conservación de las obras sociales que en fomentar conciencia en sus representados, y desde luego los victimarios de la denominada con hipocresía, "guerra sucia".

> *El sacerdote Valdivieso no es una persona muy conocida en la Argentina y si el Vaticano hubiera optado por canonizar a un argentino mártir tenía una serie de sacerdotes víctimas de la dictadura militar como quizá monseñor Angelelli, el padre Mugica y otros curas tercermundistas.*

La apelación de ellos es a la construcción del olvido con consignas que tratan de igualar el olvido con la reconciliación, desconsiderando las circunstancias de que las decisiones gubernamentales antes mencionadas, que podemos definir como las "leyes de la impunidad", se convirtieron en el obstáculo esencial a toda reconciliación seria y auténtica.

La cadena del recuerdo que desemboca en la memoria no ha podido ser interrumpida pese al paso de los años y a la opción mencionada. ¿Cuál es la razón básica por la cual esta cadena del recuerdo se mantiene sin concesiones?

La respuesta es transparente: la memoria está vinculada con la cadena del recuerdo y ésta con el aprendizaje histórico-social. La memoria permite incorporar como enseñanzas los fenómenos o episodios centrales que una sociedad ha experimentado o ha sufrido bajo la forma del terror, que al explotar los miedos y temores humanos se ha constituido siempre en fuente del poder espurio. Con esta incorporación la sociedad puede generar sus mecanismos de defensa, predecir, evitar o paliar su repetición. Las sociedades no realizan su "aprendizaje" respondiendo a estímulos físicos, a la manera de las ratas de Skinner o de los reflejos condicionados de Pavlov, sino capturando en su memoria, rearticulando y reviviendo con la cadena del recuerdo los hechos ominosos y aberrantes vividos. Pero, para obrar en forma productiva se exige una actividad no individual sino de conjunto, colectiva y no aislada.

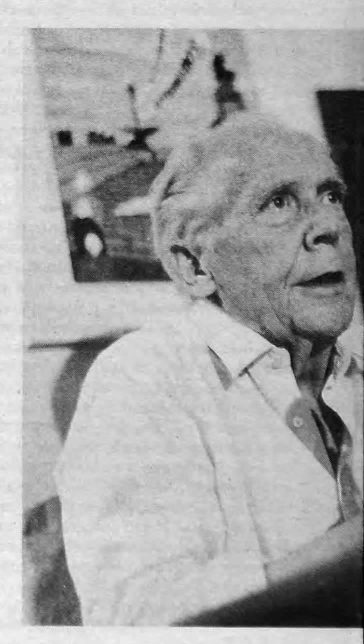
En oposición al proceso que hemos llamado de aprendizaje y mantenimiento de la cadena del recuerdo común, el olvido es el deterioro del comportamiento social. Considerado individualmente, el olvido es inservible, y la idea no verificada que se ha intentado encontrar para explicarlo es la necesidad fisiológica de que un monto de aprendizaje, de memoria, pase al olvido para dar cabida a otro monto de aprendizaje. Pero desde el punto de vista social esto es absolutamente irrelevante, porque las sociedades deben reciclar permanentemente la memoria en los casos de terror, como el que nos ocupa, y otros de procedencia semejante, como el atentado a la AMIA y otras manifestaciones de racismo o los crímenes de la costa atlántica. Reciclar la memoria interpela una cuestión de racionalidad política, a evitar que se diluya el significado de la vida civilizada puesta en riesgo.

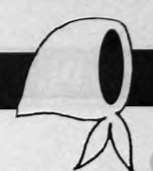
En nuestra sociedad no vivimos en forma independiente unos de otros. Cuando el terror quiere imponer su lógica estructural de dominación, no nos es permitido reaccionar aisladamente. El sentido de todo lo que un hombre o una mujer hacen en nuestra sociedad recae, tiene que recaer, en lo que significa para los demás. No sólo para los que comparten su vida generacional, sino para los hombres y mujeres venideros, cualquiera sea su raza, su religión, el color de su piel o su búsqueda de trabajo, se trata de una dependencia fundamental porque es recíproca y como tal requiere que sea colectiva. Dejar que una parte de la sociedad quede anclada en la memoria y la otra inhibida en el olvido es abrir las puertas a la reiteración de la violencia y el terror.

Empero, dado que el dualismo entre los sectores progresistas y conservadores hace a la estructura del sistema de poder vigente, no hay que ignorarlo ingenuamente, sino acrecentar los esfuerzos para que los constructores de la memoria no permitan que los organizadores del olvido anestesien el cuerpo social. La relación posición/oposición entre el consenso total y la concurrencia total en el campo de la memoria es una utopía, pero también existe con no menos vigor el empeño histórico en su mantenimiento, valor que prueba y testimonia la presencia secular del sentido de la justicia y la lucha contra la impunidad.

2. La categoría del desaparecido fue creada en la dictadura militar, siguiendo instrucciones de repudiables funcionarios de los Estados Unidos, para evitar que la dictadura quedara expuesta ante el mundo tal como había ocurrido con la dictadura del general Pinochet en Chile. Ni siquiera en esto hubo ideas originales en el proceso de reorganización. Pero, exhibida como un triunfo político por el gobierno militar, pronto se convirtió luego en un triunfo pírrico, pues las Madres de Plaza de Mayo y las Abuelas se apropiaron de ella y la reconvirtieron en la motivación más profunda de su lucha: "¡Si nuestros seres queridos están desaparecidos, que di-

> *La categoría del creada en la dic siguiendo instrucc bles funcionarios d dos, para evitar q quedara expuesta como había ocurri ra del general Pi*





"Impunidad, memoria y olvido"

ENRIQUE MARÍ

1ª PARTE

Mi punto de partida será un trabajo que desarrollé en Barcelona, hace un tiempo, en el pasado, a raíz de un congreso o simposio contra la impunidad. Y posteriormente voy a realizar unas breves consideraciones, unas breves críticas con respecto a la posición del Vaticano en cuanto a que pidió la libertad de Pinochet.

Yo comenzaba mi trabajo en España diciéndoles a los organizadores que agradecía la invitación, dado que para mí era una situación muy particular, porque a partir del año 1939, cuando se pierde la Guerra Civil Española, parte de mi familia tuvo que emigrar, cruzó los Pirineos y llegó a París, y debieron pasar un período bastante malo, primero recluidos en un campo de concentración y después vivieron como exiliados. Yo reviví con emoción esos acontecimientos.

Los puntos centrales de mi exposición, que aquí retomo, son los siguientes:

1. La construcción social e histórica de la memoria.
2. La construcción social del olvido.
3. Diferencias entre la memoria, el recuerdo y el olvido.
4. El problema de la temporalidad y su influencia en la construcción social e histórica de la memoria y el olvido.
5. Modos de agruparse de los sectores progresistas versus los sectores conservadores y fascistas, y sus respectivas funciones de posición-no posición en el debate alrededor de la memoria.
6. Las letras del abecedario que componen la memoria y el olvido.
7. La categoría de "desaparecido" en la historia argentina.
8. *El muro* de Jean Paul Sartre.
9. La mesa del espiritista.

1. Como es sabido, el tiempo es una dimensión de la experiencia humana, cuyo correlato o correspondencia no es una simple realidad física. Esta dimensión ha sido tratada de los más distintos ángulos, desde la biología, la historia, los elementos sensoriales, perceptivos, históricos, etcétera. Este último fenómeno entraña la necesidad de una organización distinta del tiempo, más allá de los procedimientos de medición fundados en los ciclos cósmicos y humanos, por ejemplo cuando hablamos de la noche, el día, la mañana, el ayer, el hoy, el futuro.

¿Cuál es el factor esencial que desbordando estos aspectos interviene en la organización histórica del tiempo? El más relevante, sin duda, es el conjunto de comportamientos, de actitudes, de tomas de posición o de oposición de los distintos sectores de la sociedad que van suministrando el hilo con que se teje la cadena de recuerdos que desembocan o en la memoria o en el olvido. La existencia de un sistema social impone necesariamente, en el marco de lo temporal, esta construcción conflictiva de posición-oposición, de debate ideológico, de luchas contrapuestas. La posición aislada, cuando no aglutina a su alrededor una actitud de comportamientos colectivos, carece de influencia radical en la organización histórica del tiempo, se convierte en un ámbito de subjetividades, no deja huellas en la memoria. Para ello se requieren hechos colectivos, de construcción, que no se evaporen en el tiempo lineal, sucesivo y acumulativo de todos los días, donde existen el presente, el pasado y el futuro, sin conexión, sin interconexión, sin vínculos, sin interrelación, dificultando todo constructo histórico.

El conjunto de comportamiento, de tomas de posición (o de oposición) de los distintos sectores frente a los episodios que se desataron en este siglo en la Argentina –prácticamente gobernada por dictaduras militares o por gobiernos democráticos controlados en buena medida– y no las respuestas individuales es el que define la memoria histórica. Entre esas dictaduras, la del así llamado "proceso de reorganización nacional" desató actos de la mayor miseria humana –torturas, secuestros de niños, desaparición de personas, pérdidas de identidades– de los que Argentina no ha podido reponerse, ni podrá hacerlo en el futuro mientras permanezca viva la impunidad y la adecuación del juzgamiento de esos crímenes por las leyes de obediencia debida, punto final y el indulto.

La construcción de la memoria apunta a esos actos aberrantes, y rechaza abiertamente estos últimos instrumentos jurídicos, que contribuyen a generar el olvido.

Dos sectores han entrado en pugna irrumpiendo en el debate como posición y oposición a la memoria. No puede realizarse ninguna construcción de la memoria si no aparece

El sacerdote Valdivieso no es una persona muy conocida en la Argentina y si el Vaticano hubiera optado por canonizar a un argentino mártir tenía una serie de sacerdotes víctimas de la dictadura militar como quizá monseñor Angelelli, el padre Mugica y otros curas tercermundistas.

esa pugna entre los sectores que latamente se pueden considerar progresistas y conservadores o fascistas del otro lado. Entre los primeros lamentablemente no se encuentra la mayoría de la población. En él figuran los maestros, los estudiantes, los universitarios, los sacerdotes que practican con fe e intensidad los cánones sagrados de la religión, los sectores de clase media con alto grado de conciencia social. En el segundo, el espectro conservador del empresariado, el resabio de sectores clericales de derecha, algunos grupos de marginados, indefinidas agrupaciones sindicales más agrupadas en la defensa de sus intereses y en la conservación de las obras sociales que en fomentar conciencia en sus representados, y desde luego los victimarios de la denominada con hipocresía, "guerra sucia".

La apelación de ellos es a la construcción del olvido con consignas que tratan de igualar el olvido con la reconciliación, desconsiderando las circunstancias de que las decisiones gubernamentales antes mencionadas, que podemos definir como las "leyes de la impunidad", se convirtieron en el obstáculo esencial a toda reconciliación seria y auténtica.

La cadena del recuerdo que desemboca en la memoria no ha podido ser interrumpida pese al paso de los años y a la opción mencionada. ¿Cuál es la razón básica por la cual esta cadena del recuerdo se mantiene sin concesiones?

La respuesta es transparente: la memoria está vinculada con la cadena del recuerdo y ésta con el aprendizaje histórico-social. La memoria permite incorporar como enseñanzas los fenómenos o episodios centrales que una sociedad ha experimentado o ha sufrido bajo la forma del terror, que al explotar los miedos y temores humanos se ha constituido siempre en fuente del poder espurio. Con esta incorporación la sociedad puede generar sus mecanismos de defensa, predecir, evitar o paliar su repetición. Las sociedades no realizan su "aprendizaje" respondiendo a estímulos físicos, a la manera de las ratas de Skinner o de los reflejos condicionados de Pavlov, sino capturando en su memoria, rearticulando y reviviendo con la cadena del recuerdo los hechos ominosos y aberrantes vividos. Pero, para obrar en forma productiva se exige una actividad no individual sino de conjunto, colectiva y no aislada.



En oposición al proceso que hemos llamado de aprendizaje y mantenimiento de la cadena del recuerdo común, el olvido es el deterioro del comportamiento social. Considerado individualmente, el olvido es inservible, y la idea no verificada que se ha intentado encontrar para explicarlo es la necesidad fisiológica de que un monto de aprendizaje, de memoria, pase al olvido para dar cabida a otro monto de aprendizaje. Pero desde el punto de vista social esto es absolutamente irrelevante, porque las sociedades deben reciclar permanentemente la memoria en los casos de terror, como el que nos ocupa, y otros de procedencia semejante, como el atentado a la AMIA y otras manifestaciones de racismo o los crímenes de la costa atlántica. Reciclar la memoria interpela una cuestión de racionalidad política, a evitar que se diluya el significado de la vida civilizada puesta en riesgo.

En nuestra sociedad no vivimos en forma independiente unos de otros. Cuando el terror quiere imponer su lógica estructural de dominación, no nos es permitido reaccionar aisladamente. El sentido de todo lo que un hombre o una mujer hacen en nuestra sociedad recae, tiene que recaer, en lo que significa para los demás. No sólo para los que comparten su vida generacional, sino para los hombres y mujeres venideros, cualquiera sea su raza, su religión, el color de su piel o su búsqueda de trabajo, se trata de una dependencia fundamental porque es recíproca y como tal requiere que sea colectiva. Dejar que una parte de la sociedad quede anclada en la memoria y la otra inhibida en el olvido es abrir las puertas a la reiteración de la violencia y el terror.

Empero, dado que el dualismo entre los sectores progresistas y conservadores hace a la estructura del sistema de poder vigente, no hay que ignorarlo ingenuamente, sino acrecentar los esfuerzos para que los constructores de la memoria no permitan que los organizadores del olvido anestesien el cuerpo social. La relación posición/oposición entre el consenso total y la concurrencia total en el campo de la memoria es una utopía, pero también existe con no menos vigor el empeño histórico en su mantenimiento, valor que prueba y testimonia la presencia secular del sentido de la justicia y la lucha contra la impunidad.

2. La categoría del desaparecido fue creada en la dictadura militar, siguiendo instrucciones de repudiables funcionarios de los Estados Unidos, para evitar que la dictadura quedara expuesta ante el mundo tal como había ocurrido con la dictadura del general Pinochet en Chile. Ni siquiera en esto hubo ideas originales en el proceso de reorganización. Pero, exhibida como un triunfo político por el gobierno militar, pronto se convirtió luego en un triunfo pírrico, pues las Madres de Plaza de Mayo y las Abuelas se apropiaron de ella y la reconvirtieron en la motivación más profunda de su lucha: "¡Si nuestros seres queridos están desaparecidos, que digan dónde están!".

La categoría del desaparecido fue creada en la dictadura militar, siguiendo instrucciones de repudiables funcionarios de los Estados Unidos, para evitar que la dictadura quedara expuesta ante el mundo tal como había ocurrido con la dictadura del general Pinochet en Chile.

De tétrica consigna militar la historia de nuestro pasado, que sigue siendo la historia de nuestro presente, la instauró esta categoría en páginas de decisión y de lucha que produjeron admiración en el mundo entero. La consigna derrotó al olvido. En efecto, aunque la experiencia y la observación suelen poner de manifiesto que mucha gente tiene una notable capacidad de ignorar los hechos, cuando ellos o sus familiares no han sido víctimas directas; aunque todo esto no dependa de escasez de información; aunque vivamos en una época en que el hiperindividualismo no ha sido capaz de producir un solo individuo; aunque las experiencias de nuestras vidas transcurran en un círculo de plástico, de soberanía esfumada, de valores que se agotan en el mercado, de justicia por lo menos anémica, de felicidad-consumista para pocos y degradada para muchos, de programas de bien social escasos y descalificados por economistas al ser asimilados a derroches públicos, de solidaridades expresadas en hojas muertas, no debemos olvidar que el sentido de la lucha por la memoria y contra la impunidad va más allá de las generaciones presentes en su enlace de aprendizaje para el futuro. Y ello, porque con la memoria construimos el alfabeto democrático de la Argentina, y con el olvido desintegramos sus letras, esparcimos y volatilizamos en el aire las letras de ese alfabeto.

3. Hay distintos grados de reflexión que pueden ser analizados en cuando a la necesaria construcción social de la realidad. El primero que aparece, aun cuando no el más importante, es la forma de elaborar el duelo por los familiares de los desaparecidos. Y no es el más importante porque, como ya vimos, esta elaboración está intrínsecamente ligada al cese de la impunidad y la existencia de una justicia auténtica.



El más importante es la condición que asume esa reivindicación en las luchas por la transformación democrática de nuestro país, y el lugar que ocupa esta reivindicación en el espacio de los derechos humanos en donde el planteo de los familiares de los desaparecidos es un planteo común al de la sociedad, con vistas al futuro. Una sociedad basada en la impunidad política esconde bajo el criterio de reconciliación que los mismos grupos que propician el silencio se mantengan al acecho, con posibilidades de generar nuevas dictaduras, cuando por cuestiones generalmente de tipo económico se lleguen a convertir eventualmente en un nuevo disparador de intereses ligados no a toda la comunidad sino a grupos restringidos del poder político y social. No se trata, entonces, de un duelo particular de familiares, sino de un duelo de toda la sociedad que, recogiendo en la historia el pasado, lo rememore en el presente para afirmar el futuro de las generaciones que habrán de sucedernos.

4. Desearía, ahora, referirme a uno de los capítulos más degradados del gobierno militar. El proponerse por arriba de la justicia y asimilar las muertes por ellos decretadas, por un lado, a la pérdida de la identidad de sus víctimas en el momento del martirio y, por el otro, en el momento de la apropiación de los hijos de los que llamaban "subversivos", lo que suscitó la secuela más dolorosa: la búsqueda de la identidad propia.

En un penetrante pasaje de *El muro* de Sartre, se relatan los acontecimientos de la Guerra Civil Española. Madrid había caído, Franco había vencido y había sido derrotada la resistencia de la República. En una mesa, cuatro funcionarios militares preguntan a un prisionero su nombre y su profesión. La mayoría de las veces no iban más lejos. Vueltos al corredor, el prisionero pregunta al guardián:

"–¿Y ahora?

–Qué, dijo el guardián.

–¿Esto es un interrogatorio o un juicio?

–Era el juicio, dijo el guardián."

Como Sartre, como Kafka, como Dostoievski y otros, todos sabían que este tipo de procedimientos tiene más ejemplares empíricos en la historia que narraciones en la literatura: las acusaciones secretas, difusas y diluidas, el procedimiento inquisitorial, las preguntas capciosas, las "pseudopruebas legales" y otras secreciones de los siglos bárbaros, como el uso de la tortura para constreñir la confesión de un acusado. Sin sospechar su difundida supervivencia actual en el proceso militar argentino, escriben, cada uno a su manera, que un hombre no puede ser considerado culpable sin saber de qué se lo acusa con precisión, y menos antes de la sentencia de un juez. Que la sociedad no puede quitarle la protección pública hasta que se haya decidido con arreglo al derecho que violó los pactos con los que aquella protección le fue acordada. "Que es querer confundir todas las relaciones exigir que un hombre sea al mismo tiempo acusador y acusado; que el dolor se convierta en el crisol de la verdad, como si el criterio de ella residiera en los músculos y en los nervios de un desgraciado; considerando a este infame régimen de la verdad, un monumento subsistente de la salvaje legislación de los juicios de Dios, las pruebas de fuego y el agua hirviente." En la Argentina todos estos salvajismos se cometieron, no existieron juicios y, a veces, ni siquiera parodias de juicios, por los errores cometidos en la identificación de los detenidos, presupuestos culpables.

Las sociedades no realizan su "aprendizaje" respondiendo a estímulos físicos, a la manera de las ratas de Skinner o de los reflejos condicionados de Pavlov, sino capturando en su memoria, rearticulando y reviviendo con la cadena del recuerdo los hechos ominosos y aberrantes vividos.

5. Deseo terminar con el punto "La mesa del espiritista". Ustedes saben que en todo el mundo griego, y en la modernidad especialmente, lo público predominaba por sobre lo privado. Si hoy nos imagináramos una mesa en la que concurren las distintas generaciones, los sectores de lo público y lo privado habrían sufrido una alteración notable con total predominancia de lo privado (de hecho, los intereses del mercado) por sobre lo público. A la manera de "la mesa del espiritista", lo público desapareció, se esfumó. Con los desaparecidos, ocurrió lo mismo en la dictadura militar. Una generación completa desapareció de la mesa, una masa de jóvenes que trataban de reivindicar derechos, algunos impulsados por organizaciones que tampoco han hecho autocríticas profundas, desaparecieron y un gran sector de argentinos fueron desaparecidos por la más irracional violencia, como si el país se hubiera convertido en una gran mesa de espiritistas. Acabar con estas "mesas de espiritistas" es la tarea apenas iniciada, como débito al porvenir de Argentina.

Este es el artículo que yo realicé en ese momento y creo que es totalmente vigente en nuestro país. La segunda parte es una crítica que yo hice al Papa cuando por un lado quiere reivindicar la libertad de Pinochet y por el otro propone santificar a un sacerdote muerto en los acontecimientos de España. Situación en las que el Vaticano se inscribe en las mismas razones políticas. Aquí figura su condición de mártir al haber sido fusilado con motivo de los episodios en la cuenca asturiana, allí en donde en el frustrado levantamiento de octubre de los mineros el carbón se mezcló con la sangre, no sólo de Valdivieso sino de víctimas de ambos lados. Toda muerte, como la de un millón de cadáveres que la rebelión de Franco produjo contra el legítimo gobierno republicano español, es equivalentemente injusta y repudiable. Sólo que el Vaticano parece ignorar muchas cosas propias de ese conflicto: el apoyo de la Iglesia y la mayor parte de los sacerdotes en respaldo, algunos con armas, del alzamiento. Oficialmente la Iglesia se limitaba a insistir en que los asesinados republicanos sin juicio de guerra previo, no menos de 200 mil ejecuciones, pudieran tener la oportunidad de confesarse. Nadie sabía de qué crímenes serían acusados los presos, escribió el escritor católico Georges Bernanos, cuando las bandas armadas nacionalistas detenían a los hombres en los pueblos perdidos al volver de sus campos.

El sacerdote Valdivieso no es una persona muy conocida en la Argentina y si el Vaticano hubiera optado por canonizar a un argentino mártir tenía una serie de sacerdotes víctimas de la dictadura militar como quizá monseñor Angelelli, el padre Mugica y otros curas tercermundistas. De haber preferido evitar la política, existen en nuestro país verdaderos hombres piadosos, santos, como Namuncurá, el cura Brochero y otras personas de ese mismo nivel. Pero no es precisamente la política lo que el Vaticano ha tratado de soslayar con su propuesta, sino la continuación ideológico-política de aquella misma guerra civil, en estos tiempos. Con ambas medidas sigue la marcha política que había iniciado Pío XI en su hora, marcando un stop, un freno, a las mejoras visibles de las que había dado señales muy recientes, por ejemplo, en la defensa del trabajo y la pobreza en la Argentina. Dejando de lado al menemismo, que comparte toda la política del Vaticano con Pinochet, miembros de la Alianza vienen de reunirse con altos prelados argentinos apoyando este rumbo. Es una lamentable pena que nada haya dicho sobre estos dos casos, salvo Graciela Fernández Meijide, respecto del primero. El silencio flota en las aguas del año electoral. No se puede sostener que ese silencio implica que el que calla otorga, pero sí hablar de su semejanza con letras de un abecedario que se pierde. Nada más.

2ª PARTE:

Contestar a las preguntas, a las dudas e inquietudes de ustedes, se convierte de hecho, por la cantidad y variedad de las mismas, en la segunda parte de mi exposición.

Tengo que hacer una síntesis de las síntesis. Esto me hace acordar un poco de lo que decía Borges con el prólogo del prólogo de los prólogos. Más que síntesis de síntesis, tendría que decir síntesis de la síntesis de la síntesis de la síntesis. Cosa que se hace muy difícil, obviamente. Vamos a tratar de tomar los puntos principales.

En primer lugar la cuestión de la distinción entre lo público y lo privado y la ▶

moria y olvido"

E MARÍ



esaparecido fue
adura militar,
ones de repudia-
los Estados Uni-
ue la dictadura
nte el mundo tal
o con la dictadu-
ochet en Chile.

gan dónde están!".

De tétrica consigna militar la historia de nuestro pasado, que sigue siendo la historia de nuestro presente, la instauró esta categoría en páginas de decisión y de lucha que produjeron admiración en el mundo entero. La consigna derrotó al olvido. En efecto, aunque la experiencia y la observación suelen poner de manifiesto que mucha gente tiene una notable capacidad de ignorar los hechos, cuando ellos o sus familiares no han sido víctimas directas; aunque todo esto no dependa de escasez de información; aunque vivamos en una época en que el hiperindividualismo no ha sido capaz de producir un solo individuo; aunque las experiencias de nuestras vidas transcurran en un círculo de plástico, de soberanía esfumada, de valores que se agotan en el mercado, de justicia por lo menos anémica, de felicidad-consumista para pocos y degradada para muchos, de programas de bien social escasos y descalificados por economistas al ser asimilados a derroches públicos, de solidaridades expresadas en hojas muertas, no debemos olvidar que el sentido de la lucha por la memoria y contra la impunidad va más allá de las generaciones presentes en su enlace de aprendizaje para el futuro. Y ello, porque con la memoria construimos el alfabeto democrático de la Argentina, y con el olvido desintegramos sus letras, esparcimos y volatilizamos en el aire las letras de ese alfabeto.

3. Hay distintos grados de reflexión que pueden ser analizados en cuando a la necesaria construcción social de la realidad. El primero que aparece, aun cuando no el más importante, es la forma de elaborar el duelo por los familiares de los desaparecidos. Y no es el más importante porque, como ya vimos, esta elaboración está intrínsecamente ligada al cese de la impunidad y la existencia de una justicia auténtica.

El más importante es la condición que asume esa reivindicación en las luchas por la transformación democrática de nuestro país, y el lugar que ocupa esta reivindicación en el espacio de los derechos humanos en donde el planteo de los familiares de los desaparecidos es un planteo común al de la sociedad, con vistas al futuro. Una sociedad basada en la impunidad política esconde bajo el criterio de reconciliación que los mismos grupos que propician el silencio se mantengan al acecho, con posibilidades de generar nuevas dictaduras, cuando por cuestiones generalmente de tipo económico se lleguen a convertir eventualmente en un nuevo disparador de intereses ligados no a toda la comunidad sino a grupos restringidos del poder político y social. No se trata, entonces, de un duelo particular de familiares, sino de un duelo de toda la sociedad que, recogiendo en la historia el pasado, lo rememore en el presente para afirmar el futuro de las generaciones que habrán de sucedernos.

4. Desearía, ahora, referirme a uno de los capítulos más degradados del gobierno militar. El proponerse por arriba de la justicia y asimilar las muertes por ellos decretadas, por un lado, a la pérdida de la identidad de sus víctimas en el momento del martirio y, por el otro, en el momento de la apropiación de los hijos de los que llamaban "subversivos", lo que suscitó la secuela más dolorosa: la búsqueda de la identidad propia.

En un penetrante pasaje de *El muro* de Sartre, se relatan los acontecimientos de la Guerra Civil Española. Madrid había caído, Franco había vencido y había sido derrotada la resistencia de la República. En una mesa, cuatro funcionarios militares preguntan a un prisionero su nombre y su profesión. La mayoría de las veces no iban más lejos. Vueltos al corredor, el prisionero pregunta al guardián:

"–¿Y ahora?

–Qué, dijo el guardián.

–¿Esto es un interrogatorio o un juicio?

–Era el juicio, dijo el guardián."

Como Sartre, como Kafka, como Dostoievski y otros, todos sabían que este tipo de procedimientos tiene más ejemplares empíricos en la historia que narraciones en la literatura: las acusaciones secretas, difusas y diluidas, el procedimiento inquisitorial, las preguntas capciosas, las "pseudopruebas legales" y otras secreciones de los siglos bárbaros, como el uso de la tortura para constreñir la confesión de un acusado. Sin sospechar su difundida supervivencia actual en el proceso militar argentino, escriben, cada uno a su manera, que un hombre no puede ser considerado culpable sin saber de qué se lo acusa con precisión, y menos antes de la sentencia de un juez. Que la sociedad no puede quitarle la protección pública hasta que se haya decidido con arreglo al derecho que violó los pactos con los que aquella protección le fue acordada. "Que es querer confundir todas las relaciones exigir que un hombre sea al mismo tiempo acusador y acusado; que el dolor se convierta en el crisol de la verdad, como si el criterio de ella residiera en los músculos y en los nervios de un desgraciado; considerando a este infame régimen de la verdad, un monumento subsistente de la salvaje legislación de los juicios de Dios, las pruebas de fuego y el agua hirviente." En la Argentina todos estos salvajismos se cometieron, no existieron juicios y, a veces, ni siquiera parodias de juicios, por los errores cometidos en la identificación de los detenidos, presupuestos culpables.

Las sociedades no realizan su "aprendizaje" respondiendo a estímulos físicos, a la manera de las ratas de Skinner o de los reflejos condicionados de Pavlov, sino capturando en su memoria, rearticulando y reviviendo con la cadena del recuerdo los hechos ominosos y aberrantes vividos.

5. Deseo terminar con el punto "La mesa del espiritista". Ustedes saben que en todo el mundo griego, y en la modernidad especialmente, lo público predominaba por sobre lo privado. Si hoy nos imagináramos una mesa en la que concurren las distintas generaciones, los sectores de lo público y lo privado habrían sufrido una alteración notable con total predominancia de lo privado (de hecho, los intereses del mercado) por sobre lo público. A la manera de "la mesa del espiritista", lo público desapareció, se esfumó. Con los desaparecidos, ocurrió lo mismo en la dictadura militar. Una generación completa desapareció de la mesa, una masa de jóvenes que trataban de reivindicar derechos, algunos impulsados por organizaciones que tampoco han hecho autocríticas profundas, desaparecieron y un gran sector de argentinos fueron desaparecidos por la más irracional violencia, como si el país se hubiera convertido en una gran mesa de espiritistas. Acabar con estas "mesas de espiritistas" es la tarea apenas iniciada, como débito al porvenir de Argentina.

Este es el artículo que yo realicé en ese momento y creo que es totalmente vigente en nuestro país. La segunda parte es una crítica que yo hice al Papa cuando por un lado quiere reivindicar la libertad de Pinochet y por el otro propone santificar a un sacerdote muerto en los acontecimientos de España. Situación en las que el Vaticano se inscribe en las mismas razones políticas. Aquí figura su condición de mártir al haber sido fusilado con motivo de los episodios en la cuenca asturiana, allí en donde en el frustrado levantamiento de octubre de los mineros el carbón se mezcló con la sangre, no sólo de Valdivieso sino de víctimas de ambos lados. Toda muerte, como la de un millón de cadáveres que la rebelión de Franco produjo contra el legítimo gobierno republicano español, es equivalentemente injusta y repudiable. Sólo que el Vaticano parece ignorar muchas cosas propias de ese conflicto: el apoyo de la Iglesia y la mayor parte de los sacerdotes en respaldo, algunos con armas, del alzamiento. Oficialmente la Iglesia se limitaba a insistir en que los asesinados republicanos sin juicio de guerra previo, no menos de 200 mil ejecuciones, pudieran tener la oportunidad de confesarse. Nadie sabía de qué crímenes serían acusados los presos, escribió el escritor católico Georges Bernanos, cuando las bandas armadas nacionalistas detenían a los hombres en los pueblos perdidos al volver de sus campos.

El sacerdote Valdivieso no es una persona muy conocida en la Argentina y si el Vaticano hubiera optado por canonizar a un argentino mártir tenía una serie de sacerdotes víctimas de la dictadura militar como quizá monseñor Angelelli, el padre Mugica y otros curas tercermundistas. De haber preferido evitar la política, existen en nuestro país verdaderos hombres piadosos, santos, como Namuncurá, el cura Brochero y otras personas de ese mismo nivel. Pero no es precisamente la política lo que el Vaticano ha tratado de soslayar con su propuesta, sino la continuación ideológico-política de aquella misma guerra civil, en estos tiempos. Con ambas medidas sigue la marcha política que había iniciado Pío XI en su hora, marcando un stop, un freno, a las mejoras visibles de las que había dado señales muy recientes, por ejemplo, en la defensa del trabajo y la pobreza en la Argentina. Dejando de lado al menemismo, que comparte toda la política del Vaticano con Pinochet, miembros de la Alianza vienen de reunirse con altos prelados argentinos apoyando este rumbo. Es una lamentable pena que nada haya dicho sobre estos dos casos, salvo Graciela Fernández Meijide, respecto del primero. El silencio flota en las aguas del año electoral. No se puede sostener que ese silencio implica que el que calla otorga, pero sí hablar de su semejanza con letras de un abecedario que se pierde. Nada más.

2ª PARTE:

Contestar a las preguntas, a las dudas e inquietudes de ustedes, se convierte de hecho, por la cantidad y variedad de las mismas, en la segunda parte de mi exposición.

Tengo que hacer una síntesis de las síntesis. Esto me hace acordar un poco de lo que decía Borges con el prólogo del prólogo de los prólogos. Más que síntesis de síntesis, tendría que decir síntesis de la síntesis de la síntesis de la síntesis. Cosa que se hace muy difícil, obviamente. Vamos a tratar de tomar los puntos principales.

En primer lugar la cuestión de la distinción entre lo público y lo privado y la



devaluación de lo público. Efectivamente, es bastante claro que a partir del sistema económico que está predominando, un sistema económico globalizado, se ha producido una transferencia de todo lo público. Un poco se vuelve a la filosofía del siglo XIX, cuando se hablaba del Estado mínimo que provea algo así como seguridad y defensa de las libertades individuales. Cosa que, en rigor de verdad, en ese período, ni en este período mucho menos, se logró. La cuestión del Estado mínimo fue un fracaso, porque las cuestiones cruciales que eran la distribución de los bienes estaban determinadas no tanto por la política sino por la economía. Entonces, en este momento del sistema globalizado a lo que nosotros asistimos es a una auténtica transferencia y prácticamente la eliminación de la "mesa del espiritista" de lo público que ha desaparecido. Entonces, voy a poner claro dos cosas. La mesa del espiritista. La imagen de la mesa del espiritista, como toda metáfora, como toda imagen, lo mismo tomo el tema de la cuestión de la cadena y la propuesta de sustituir la cadena del recuerdo por la red del recuerdo, yo no tengo inconveniente de ninguna manera. Como todas las cosas, si hay imágenes o metáforas que sirven para reproducir mejor la realidad, bienvenidas sean. Por ahora yo no creo que esas dos imágenes que yo puse en juego sean incorrectas, pero también acepto que puede haber algunas que sean mejores. Habría que argumentarlo más y ver en qué sentido mejoran, en qué sentido modifican la cuestión. En qué sentido son más ricas. Bien sabido es que sociólogos, pensadores, filósofos, etcétera se manejan con metáforas desde la más vieja historia de la filosofía. La metáfora aparece como un elemento necesario o indispensable para cubrir la imposibilidad del lenguaje de contactarse directamente con la realidad. No es la vía directa, el sistema lingüístico hace que aparezca la necesidad de recurrir a metáforas, ficciones, ficciones productivas; no hay política, no hay economía, no hay nada que no se maneje con ficciones productivas. No ficciones en el sentido de una ficción que esté desatada de toda conexión con la realidad, sino ficciones en el sentido de que ante la imposibilidad del lenguaje de establecer una relación directa con los hechos reales, y al no tener el lenguaje que se pueda poner en ese enlace o en esa conexión en forma directa, se recurre a metáforas, se recurre a ficciones. Es decir, no existe el contrato social que plantea la modernidad, o el contrato social que plantea Hobbes u otros pensadores. Si uno le puede decir a Hobbes o a Rousseau que presenten a quienes firmaron ese contrato, no van a poder presentar a ninguno. Nadie firmó un contrato. Menos lo firmamos ustedes y yo ese contrato social que sustenta todo el sistema de la modernidad en esta época. Yo no firmé. Sin embargo, ese contrato social se considera como una necesidad, como una ficción necesaria, para poder entender por qué esta sociedad funciona de este modo. Esto no quiere decir que, si yo considero que esta sociedad funciona de este modo, tenga que aceptar que funcione como funciona y no haga críticas en los puntos cruciales.

Si uno le puede decir a Hobbes o a Rousseau que presenten a quienes firmaron ese contrato, no van a poder presentar a ninguno. Nadie firmó un contrato. Menos lo firmamos ustedes y yo ese contrato social que sustenta todo el sistema de la modernidad en esta época. Yo no firmé.

A veces, en los ataques o críticas a la democracia hay que tener mucho cuidado. Porque las palabras adquieren mucho peso. Debemos evitar confundirnos con personas que tienen una posición totalmente contraria. Que consideran que lo que debe existir, en lugar de la democracia, es el imperio de la arbitrariedad, el imperio del fascismo, o el imperio de todas estas variantes. La crítica es importante siempre que no se pierdan los límites de la crítica. No hay crítica que sea válida si esa crítica es una bisagra que permite entrar a posiciones auténticamente antidemocráticas. Esto me parece que hay que tenerlo en cuenta. Digo esto como marco previo a un tema que genera problemas, por ejemplo la cuestión del general Bussi. ¿Su elección es un acto de democracia? ¿Para qué sirve la democracia? ¿Quién lo votó? ¿Lo votan los ignorantes? No, no es que lo voten los ignorantes, pensar así es una posición elitista con respecto a gente que no sabe lo que hace. Lo vota gente que tiene posiciones, que considera que dentro de las prioridades de ellos Bussi ha traído el orden. Es decir, gente que, en definitiva, en esta gran contradicción que hay entre el orden y la libertad, siempre prioriza el orden por arriba de la libertad. Entonces, en la medida en que esta gente prioriza el orden sobre la libertad, es muy probable que acá la construcción del olvido funcione con respecto a la posibilidad de disculpar a Bussi las cuentas en Suiza, las mentiras y todo lo que ha hecho porque ellos priorizan el orden. Y esto es algo que se traslada a toda la temática con respecto a los militares en estos quince años del último golpe militar, porque en realidad en la Argentina la mayor parte de mi vida transcurrió entre golpes militares y cosas parecidas a golpes militares.

La cuestión del saber académico y no académico también es otro de los temas que me da qué pensar. La cuestión de la academia puede ser tomada de dos maneras distintas. Más que quiénes son académicos y quiénes no lo son, es ver cómo piensa una persona desde el sector de la profesión. Si yo, por ejemplo, pienso de una manera, no es la misma manera en la que piensan los miembros del sector académico que niegan la importancia de los hechos. Hablo de los hechos sociales fundamentalmente. Entonces no se puede sostener un criterio que sea unificador y rechazar al académico porque es académico nada más. Lo importante es ver qué es lo que piensa en esta lucha de posición/oposición, en qué lugar está ese académico, pero no rechazar a la academia por el solo hecho de discutir a la academia en tanto el discurso o el saber de parte de sus miembros.

Otro tema en cuestión es el de la solidaridad y demás valores. Todos sabemos cómo se generó la modernidad, a través del hecho político de la Revolución Francesa el 14 de julio de 1789, que estableció libertad, igualdad y fraternidad. Después todos sabemos que en todo esto también había una ficción. En rigor de verdad esa libertad quedó desatada y desvinculada de la libertad y la seguridad también. Pero ésta es la sociedad que tenemos. Esta sociedad puede llegar de niveles aberrantes, como lo que pasa por ejemplo en lugares de Europa, como lo hemos visto en la guerra de Kosovo, como hemos visto en Africa, como hemos visto con Hitler, o con Mussolini, o como hemos visto con Franco a una sociedad "democrática", controlada. Pero de cualquier manera hay que ver si dentro de esto no es lo mejor que tenemos hasta el presente. Ello no implica dejar de utilizar la crítica para modificar esta sociedad. Pero no nos extrememos en la crítica para volver a un pasado, a una sociedad medieval. Ustedes saben perfectamente que la sociedad capitalista, tal como está funcionando, de alguna manera da toda la razón del mundo a Adam Smith cuando decía que evitó la guerra de todos contra todos, evitó la subordinación del siervo de la gleba al señor y trajo una cuota de libertad. Y en ese sentido es correcto lo que decía Adam Smith.

El problema es cómo dicha sociedad fue evolucionando a esta sociedad de la economía globalizada, donde las cosas son cada vez peores. Antes se utilizaba, como yo digo en un trabajo que tengo escrito por ahí, el velo de la ignorancia. El velo de la ignorancia de los grupos dominantes, para que ese velo de la ignorancia funcionara de una manera que no supiéramos que hay grandes grupos con un poder casi absoluto. La mayor parte de la población tiene una situación totalmente desigualitaria, cuando no marginada, o llevada más gráficamente a vivir revolviendo los tachos de basura. De todas maneras, esta sociedad como está funcionando, con lo que nos muestra, no hay manera de creer que constituye una sociedad estática, definitiva y que se va a mantener eternamente, como pretenden los teóricos conservadores cuando dicen que ha llegado el fin de la historia o que ha llegado el fin de las ideologías. Y que además lo fundamentan, como hace Fukuyama, desvirtuando perversamente las concepciones de Hegel. Como ustedes ven, Hegel, un gran pensador, da para todo. Así como da para Marx, que en función de la dialéctica incorpora un sistema de pensamiento, también da para que Fukuyama diga que llegó el fin de la historia, porque ahora la razón coincide con la realidad. Y si la razón coincide con la realidad, y no hay ninguna etapa más que la dialéctica pueda superar, entonces llegó el fin de la historia. Estas son concepciones en las cuales los intelectuales pueden hacer mucho para demostrar la falacia de esta forma de pensar. Pero si nosotros renunciamos a todo lo que sea académico, a todo lo que sea intelectual, no tenemos manera de responder a las manipulaciones y agravios de ese orden. Entonces, no es cuestión de criticar totalmente lo que sea intelectual, o lo que sea conceptual, suponiendo que la voluntad predomina sobre la razón. La voluntad no predomina sobre la razón, no es cierto. La razón funciona desde varios siglos en posiciones que cada vez van significando un proceso más. Que la historia demuestra que hay un retroceso, estoy totalmente de acuerdo. Que la historia demuestra que hay frenos, que hay stops, estoy totalmente de acuerdo. Pero si de alguna manera uno ve lo que pasa entre la esclavitud, ve lo que pasa en la servidumbre de la gleba, ve lo que pasa en el capitalismo y ve lo que pasa en este momento actual, se da cuenta de que hay un progreso. No es lo mismo lo que estamos discutiendo ahora que si todos nosotros, incluido yo, estuviéramos con grilletes en los pies, recibiendo latigazos para trabajar. Hay diferencias. Y estas diferencias debemos reconocerlas. Y estos progresos hay que reconocerlos y ver también el motivo de los progresos. Y ver cómo no hay sociedades estáticas y no hay sociedades hechas de una vez y para siempre. Esta es una de las cosas que yo podría también recapitular.

Si nosotros renunciamos a todo lo que sea académico, a todo lo que sea intelectual, no tenemos manera de responder a las manipulaciones y agravios de ese orden. Entonces, no es cuestión de criticar totalmente lo que sea intelectual, o lo que sea conceptual, suponiendo que la voluntad predomina sobre la razón.